

:: TEXTO DE CREADOR

Una obra no es un escudo antibalas

Juan Pablo Troncoso

Actor, dramaturgo y director

jptronco@gmail.com

El camino de *Jugar a la guerra*¹ no es distinto al de tantas otras obras: sinuoso, lento, repleto de baches y encuentros inesperados. A ratos parecía que la obra sería uno más de esos textos que nunca vieron la luz del escenario. Otras, la realidad política del país parecía exigir que la obra se volviera carne y cuerpo. Pero las obras tienen un tiempo interno que no responde a expectativas y menos al ritmo de los acontecimientos noticiosos. Me refiero a que, cada vez más, me convengo de que la velocidad del teatro es simplemente otra. Como si este fuera un arte de la demora o del masticar lento. O el de una infección que se toma todo el tiempo del mundo en manifestarse, pero ahí está, silenciosa, abriéndose paso en la oscuridad de ese otro cuerpo que no vemos, contaminando los órganos lentamente.

Esta mirada no es la de un masoquista que cree que la creación artística es sinónimo de sufrimiento y obstáculos insalvables. Por supuesto que esa dimensión existe, así como también existen los encuentros y la colaboración. Si pensamos la obra y al colectivo que sostiene esa obra como un ecosistema, encontraremos diversas formas de relación. Parafraseando a Donna Haraway, no todo es simbiótico, pero tampoco todo es depredación. Es esa compleja heterogeneidad de los colectivos humanos, la que, solo en parte, explica la demora del teatro a la que intento referirme.

Jugar a la guerra fue escrita entre 2018 y 2020, en el marco del programa internacional de dramaturgia del Royal Court Theatre. El primer borrador fue fruto de una residencia idílica que tuvimos junto a trece queridos dramaturgos de Chile y Perú en la ciudad de Lima. No conservo ese borrador (probablemente se perdió en un antiguo computador o quizás existe y no he hecho ningún esfuerzo por recuperarlo). Pienso en ese borrador como todo lo que está mal cuando se escribe una obra en la que aparecen policías: todos los clichés imaginables, todas las referencias al imaginario policial gringo hollywoodense que puedan pensar. Una obra que no era una obra, más bien, un pegoteo grotesco de deseos, escenas en potencia y voces confusas, perdidas en un limbo que ni a ellas ni a mí nos convencía.

¹ *Jugar a la guerra* se estrenó en julio de 2022 en el Centro Cultural Gabriela Mistral. Su realización fue posible gracias al apoyo de Goethe Institut, Centro Cultural España y GAM. Compañía La Jeanette. Dramaturgia y dirección: Juan Pablo Troncoso. Diseño integral: Manuela Mege. Producción: Paulina Gómez y Abril Sandoval. Diseño sonoro: Catalina Anguita. Elenco original: Ignacia Agüero, Carlos Briones, Ricardo Montt, Constanza Muñoz, Valentina Nassar y Agustín Sanhueza.



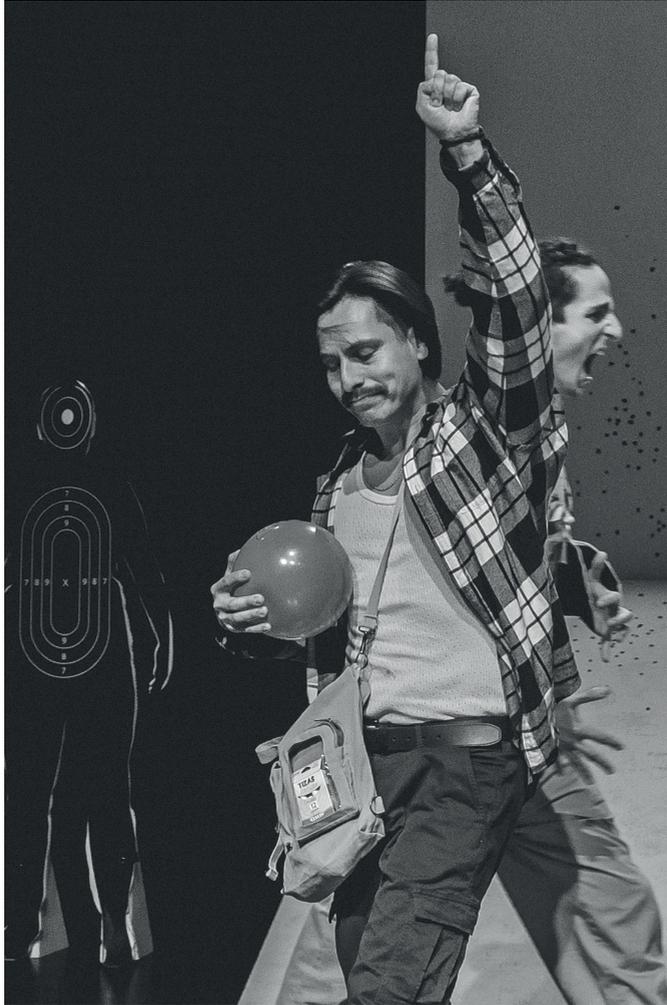
Jugar a la guerra. Centro Cultural GAM. Año: 2022. Fotografía de Víctor Vivas.

En mi cabeza la idea era excelente: un taller de teatro para policías infiltrados. Cuando escuché la historia no lo podía creer y en ese momento me dije: “tengo que escribir esto”. Pero ese primer borrador era una versión triste y deslavada de mi sueño.

Cuentan que algunas obras nacen de un plumazo, pero no es mi caso, nunca me ha pasado; no me resigno, quizás algún día llegue ese momento de inspiración absoluta. Quizás he escrito una o dos escenas o un monólogo en ese estado extático, pero no más que eso. Nunca la primera versión del texto termina siendo la que se encuentra con el público. Supongo que es así en muchos casos y también en otras disciplinas. El cine, particularmente, es un elefante que se mueve lento, sin importar la magnitud de la producción.

Pero escribir es un trabajo concreto, material. Una artesanía extraña, que moldea imágenes a través de letras y ritmos. El encuentro con la obra toma su tiempo y necesita (lo afirmo con toda seguridad), siempre necesita de otras voces. Los borradores solo pueden crecer cuando otros ojos digieren esos universos en proceso de materialización. Se necesitan instancias de colectivización de la escritura. Ya sea con un amigo o amiga cercana, con alguien de confianza, en un taller o residencia. Me cuesta mucho creer en el enclaustramiento de la creación. Quizás existe, pero jamás he tenido el privilegio de ver a un genio artístico en acción que opere en la más completa autonomía. Las ideas flotan en el aire, las otras voces infectan nuestros pensamientos. Nuestra propia voz es más bien una polifonía de memorias, robos y préstamos. Nada existe aislado de todo. Las fronteras son siempre porosas. Aunque algunos fanáticos de la pureza sueñen con muros y zanjas en el desierto. Pero como dice Luce Irigaray: “Ningún sistema está cerrado. El exterior siempre se filtra”.

Y ese proceso de infiltración y osmosis entre voces, materialidades, lecturas y reversiones, siempre toma tiempo (todo se reduce al tiempo). Entonces, cuando definiendo un teatro



Jugar a la guerra. Centro Cultural GAM. Año: 2022. Fotografía de Víctor Vivas.

lento o de la demora, no es bajo un espíritu de restauración y un retorno a los tiempos correctos de antaño. Esta idea —para nada nueva— la propongo con base en una especie de resignación. Porque ha sido la realidad de los procesos la que me ha refregado en la cara la imposibilidad de escapar a los desvíos e imponderables (escénicos, discursivos, de elenco, espacio, presupuesto, etc.). Ponerse de acuerdo lleva tiempo, ya sea en espacios colectivos como en el espacio íntimo propio, en el que habitan los primeros impulsos y expectativas sobre la obra. Todos esos *a priori* dialogan e intentan ponerse de acuerdo con lo que la obra efectivamente te va devolviendo.

Pienso en las obras de teatro como objetos que pueblan la realidad, y que forman parte de constelaciones infinitas de otros objetos. En este universo de objetos, las jerarquías se desdibujan. Las ficciones no están subordinadas a la realidad ni viceversa, y la contaminación siempre es mutua. Medea existe en el mismo universo que Beyoncé, mi mamá, Chile, el dios de los cristianos, los policías de nuestra obra o Claudio Crespo, el carabinero que cegó a Gustavo Gatica. Todos



Jugar a la guerra. Centro Cultural GAM. Año: 2022. Fotografía de Víctor Vivas.

objetos que existen de formas diferentes, con agencias y efectos diversos, pero cuya existencia es innegable. No nos interesa tanto su origen o procedencia, como los efectos de realidad que producen. A esto, Graham Harman lo denomina como una “ontología orientada a los objetos”. Una “democracia radical” en la que los objetos son equivalentes en términos de autonomía, y donde nada se muestra por completo. Las cosmovisiones animistas ya sabían de esto hace siglos, pero eso es harina de otro costal.

Octubre de 2019 se llenó de objetos resquebrajados: además de los cientos de miles de cartuchos y bombas lacrimógenas, lo que se hizo trizas fue el *continuum* histórico de la eterna transición. Una imposibilidad heredada de romper con el objeto-relato preestablecido. Durante algunos meses y días (horas dirán algunos), se agrietó el horizonte clausurado del futuro y apareció una posibilidad otra. Por un momento se materializó un afuera de este presente. Y ese camino se colmó de balazos, barricadas, asambleas y enfrentamientos. Simbiosis y mutilación. En medio del olor a neumáticos quemados, *Jugar a la guerra* tomó vida propia (aunque hace rato ya la tenía) y la realidad se infiltró en la obra y le dio curso y sentido. Y la obra le devolvió a la realidad un reflejo torcido que por ahora solo existía en el papel. Tuvo que llegar la pandemia (a propósito de objetos-virus indiferentes y casi invisibles, que transforman por completo nuestra existencia) y en ese encierro escribí (o se escribió) ahora sí, casi de un plumazo, las últimas escenas de la obra. Allí, los policías expresan todo su asombro y fascinación al infiltrarse en las protestas. Gozan, como goza cualquier intérprete, al ejecutar brillantemente su papel. Las lecciones de la profesora sirvieron. Actuar les permitió ser mejores policías. Y al final, por supuesto, esos policías con los que Ana tanto se encariñó, le dan la espalda. Performan la institución. En este universo repleto de objetos, las ideologías producen unos efectos de realidad bastante concretos.



Jugar a la guerra. Centro Cultural GAM. Año: 2022. Fotografía de Víctor Vivas.

Era un final crudo, absurdo, brutal. En mi corazón, un intento de desmontar dicotomías y supuestos que desbordan los discursos artísticos. Que todo teatro es político, que las buenas intenciones tienen algún tipo de correspondencia. Si tuviera que reducirlo a una frase diría: nada es garantía de nada. O mejor dicho, todo es garantía de nada. Para lamento del maestro Stanislavsky, su línea de acciones físicas no se condice con el caos ingobernable que parece regir la realidad. ¿Cómo era posible la indiferencia de las autoridades? ¿Dónde está la justicia en este país? ¿Para quién? ¿Cómo es posible tanta impunidad? Claudio Crespo camina libremente por la calle y escribe libros financiados por políticos de derecha. ¿Quién nos defiende del horror?

Una obra no es un escudo antibalas. Ni para eso sirven las escenografías. Quizás una obra no es más que un testimonio efímero de nuestro paso por el universo. La afirmación de que dentro de este mundo chato, de genocidios, ansiedad y aburrimiento, también podemos detener el tiempo y moldear los materiales de la realidad. Martillarlos a la usanza de Brecht y teñirlos con colores que no existen afuera de la sala. Mutilar escenas, objetos y personajes, bajo el deseo ingenuo de que nunca más seamos espejo de la realidad. Pero esos flujos y contaminaciones, ciertamente no son unidireccionales. No basta con nuestras buenas intenciones. El arte nunca impidió el surgimiento del mal.

Y sin embargo, persistimos, como cientos de otros grupos, artistas y colectivos. Nos demoramos, cocinamos lento y erráticamente esas obras que soñamos justo antes de dormirnos. Logramos convencer a un grupo de seres igualmente desquiciados, que en algún punto es necesario hacer esa obra. El tiempo nunca es el adecuado, los fondos son siempre escasos (o inexistentes) y el camino se tuerce a cada rato, mientras intentamos hacer sentido sobre la violencia policial que explotó en nuestra cara. No hacer sentido para empatizar. No hacer sentido para clausurar.



Jugar a la guerra. Centro Cultural GAM. Año: 2022. Fotografía de Víctor Vivas.

No hacer sentido para hacer justicia. Hacer sentido como una forma plástica, resguardada, comprometida e inocente de recibir esos balazos y escupos por parte del poder y reelaborarlos en la escena, a través de uno de los pocos lenguajes que conocemos. Para no sucumbir a la histeria vaciada de los medios. Hacer sentido invocando a nuestros propios fantasmas, en un intento de entender algo, lo que sea, aún si no podemos nombrarlo con palabras. Jugamos a ser esos otros, aquellos que hace solo algunos meses nos apuntaban y disparaban a la altura de los ojos. Jugamos con nuestras memorias teatrales, con las dinámicas que nos hacen vibrar en los ensayos, jugamos como juegan los niños, con todo lo que está a la mano. De todos esos juegos salió esta obra. Hoy cobra una nueva vida propia. Se vuelve carne de papel.

La letra y la tinta son objetos ejemplares: ocultan ríos de ensayos, mascarillas, piedrazos a los hombres de verde y juegos con la pelota. Lima, Santiago, Valparaíso. Horas de bus. Tantas marchas, todos esos atardeceres de protesta. El cielo rojo y la sangre. La letra y la tinta no dejan ver los ríos de sangre. Es lo que nos queda. Nada nunca se muestra por completo. A ese ocultamiento nos aferramos. A no decirlo todo. En la urgencia de no callar. En la urgencia de la denuncia perpetua. Monos porfiados con derecho a las sombras.

Me atrevo a nombrar a algunos. Igna, Richi, Manu, Carlos, Vale, Coni, Agustín, Pauli, Cata, Abril, Guille, Esteban y Sofía. Elyse, Nick, Simon, Rachel, Sam, Milli. Ro, Raúl, Sofi, Johuse, Carla, Ingrid. Foncho, Pili, Jose, Alejandro, Paris, César, Pablo. Sibila y Nébula. Y todos los nombres detrás de esos nombres. Y todos los nombres que olvido. Y todas las salas de ensayo. Los monos de cartón, la canción de *Top Gun*, la escenografía. El proyector del Colectivo Zoológico. La máquina de humo, siempre. La Jeanette. Sin ellas, sin ellos, no habría texto, ni obra. Al universo no le pesaría. Pero nosotros recordamos. No olvidamos el camino.